

Lima-Sao Paulo, escalas INSTRUCCIONES PARA ESCAPAR DE BUENOS AIRES*

Jaime Aviles

Sí, estaba cayendo un borrascoso aguacero y Flores Rojas vio los hilos del agua que parpadeaban en la calle dentro del vaho amarillo del farol de la esquina. Estuvo parado largo rato en el pórtico del hotel, sintiendo en las manos el calor de su propio vientre, palpándolo a través de los bolsillos de franela del abrigo. Qué insípida, qué sin gracia: la noche pintaba del color del polvo. Y seguía apretando el frío.

Giró despacio en dirección opuesta a la lluvia y caminó lentamente mirando las baldosas del vestíbulo. A cinco metros de altura brillaba una araña de cobre con seis vasos de porcelana, que derramaba una luz tan lánguida como los flecos de la carpeta olvidada en el respaldo del sofá. Tomó asiento, cruzada la pierna con amplitud; lo devoraba una terrible impaciencia por escapar de *ashí*, por meterse en un bar, en una tienda ruidosa, en un cine, en un gentío.

A la derecha estaba el mostrador de la recepción; desde el palomar de las llaves surgían como colas blancas las notas de los recados. No había ninguno en el suyo, no lo habría: estaba haciendo un trabajo perfecto, limpio en verdad, sin dejar huellas.

Cuando terminara allí iría a Montevideo: las tres dictaduras del Cono Sur, el reportaje del año. Y como recompensa, cuatro semanas de vacaciones en Brasil, instalado en el departamento de Vanice, gratis, y con todas las meninas de Sao Paulo a su disposición.

¿Pero qué iba a suceder si por más esfuerzos que hiciera no lograba establecer contacto con nadie? Y por otra parte, ¿qué tan prudente sería descender a las esferas clandestinas de Buenos Aires con ese cargamento de material comprometedor que había obtenido en Santiago? ¿No sería mejor deshacerse de él y volver después a continuar la faena porteña? Es decir, ¿no sería más conveniente adelantar la llegada a Brasil y comprobar si la invitación de Vanice era cierta, si las meninas de la noche paulista realmente existían?

Alzó la vista. Dos ancianos y una muchacha miraban el televisor. La muchacha no era bonita, no era fea, tenía el pelo suelto como si acabara de desenredarse cuatrocientas trenzas.

Flores Rojas se acercó a ver el resto del programa. ¿Cómo se llamaba esa actriz? ¿Qué significaba esa palabra? ¿Estaba en plan de turista? ¿Hasta cuándo se iba a quedar? Una hora después se admiró porque llevaba una hora conversando con ella; sin salirse del guión, le había contado quién era, en qué trabajaba, porqué andaba tan lejos de su patria, qué nave lo había conducido hasta *ashí*: era publicista, era rico, su padre era el dueño de la empresa y sin embargo, de pronto, de unos meses acá se había visto en el espejo y se había dicho quién eres, qué quieres, a qué aspiras, y se había largado a Sudamérica porque estaba hartado de Europa, porque necesitaba conocer algo distinto para conocerse a sí mismo.

Lo sorprendió la imperiosa contestación de la muchacha, casi un dictamen profesional: "Lo que a vos te pasa es que rivalizas con tu padre; tenes que bancarte eso, ¿viste?, internalizarlo". Flores Rojas decidió que no le gustaba y que sin embargo no le importaría acostarse con *esha*.

-Flaca -dijo, remedando el acento argentino, al oír que cesaba la lluvia-. Dale, vamos a comer.

-Flaca -repitió ella para demostrar que no le había pasado por alto la burla-. ¡Qué barbaridad! -exclamó-. ¡Las once!

Flores Rojas la miró boquiabierto.

La muchacha guardó los *cigarrishos* en su cartera y proclamó que se iba.

-Dentro de una hora comienzo a *pa-trushar*.

¿Qué estaba insinuando? ¿Que era una prostituta? Flores Rojas no atinó a preguntárselo.

-Mira -dijo ella-. Te voy a anotar mis teléfonos. De doce a dos estoy en éste -y garrapateó el primero-. De dos treinta a cuatro treinta en éste -y escribió el segundo-. Y de cinco a ocho de la *mania-na*, aquí.

Eran cifras reales, las sabía de memoria.

-Tené -dijo, extendiendo la tarjeta.

-¿Cómo que te vas a patrullar?

-Policía Federal -dijo ella sonriente.

¡La Gestapo de Videla! Y lo que en un principio había parecido un presagio romántico, un capricho de las Moiras para unirlos, ahora resultaba un inconveniente mayor. Ella había dicho:

-¿Qué habitación te dieron?

-La 28.

-¡Qué coincidencia, che! A mí la 26...

Flores Rojas sonrió. Esta viene en la noche y me desaparece sin que nadie se entere.

-*Shamame* si necesitas cualquier cosa, querido.

Y se levantó. Era un hecho: de que se iba, se iba; hablaba en serio.

-*Maniana*, si querés, te organizo un programa -y se despidió inclinándose para ofrecer la mejilla sobre la mesita de centro.

Flores Rojas la acompañó hasta la calle; la vio alejarse hasta doblar en la esquina, y se dijo: ¿me

cambio de hotel?, ¿llamo a la embajada? ¿Pido un taxi y me voy al aeropuerto? No hay antecedentes, pensó, no he hecho nada anómalo. A menos que haya ocurrido algo en Santiago: una delación, una denuncia; los chilenos eran un desastre en materia de precauciones.

Aterrado sin admitirlo, llegó a Florida buscando un restaurante donde no hubiera milanesas. El taco argentino: lo comen a la menor provocación. Entró en una pizzería. No, lo pensó mejor: se le había quitado el hambre. Pidió un sandwich de jamón y queso y recuperó el apetito; entonces, le sirvieron el segundo. Apenas lo tocó.

Faltaba mucho para atestiguar el espectáculo de los diarios que salen a las tres de la mañana. Esa comodidad que tanto extrañaban los argentinos de allá. "Cuando cerrábamos *Clarín*..." A esa hora todo empezaba en Buenos Aires, según la nostalgia. Los teatros, los cines, los cafés *shenos* de *twist* y gritos.

Y qué lujo de asientos, se dijo en la semipenumbra de un cine; estaban dando los comerciales con la luz encendida, y la gente hablaba en voz alta comentando las ofertas. Como italianos.

¿Qué iba a hacer? ¿Dormir sabiendo que la Policía Federal estaba al otro lado del muro? ¿Poner en riesgo los documentos chilenos que ocultaba en el fondo de la mochila? Los había copiado en miniatura, los había embutido en los calcetines sucios, hechos bolitas crujientes de papel. Iría al correo, los mandaría como una carta a Brasil, a la dirección de Vanice. ¿Y los rollos de fotos? ¿La tumba de Allende? ¿La tumba de Neruda? ¿Las tejedoras de arpilleras cantando canciones de la Unidad Popular? Bueno, las canciones seguramente no serían reconocidas en los negativos, pero...

Regresó al hotel con la decisión tomada. A primera hora liquidaría el cuarto, compraría un boleto de avión, se iría a Sao Paulo. Ya habría tiempo de volver con más tranquilidad; estaba perdiendo aplomo por el momento.

Cómo se había jactado con ella de lo bien que podía imitar el acento porteño, los giros familiares, algunas palabras del caló actual, no los lugares comunes que todos los mexicanos tomaban de los tangos. ¿Pero cómo estaba tan informado?, se estaría preguntando en ese instante la muchacha en la comandancia; tarde o temprano se lo diría a cualquiera; tarde o temprano le surgirían las dudas. México estaba lleno de delincuentes terroristas; el propio Flores Rojas había reconocido a varios de sus amigos en las fotografías del puesto militar, amplificado diez veces cada rostro en el periódico mural de la frontera en los Andes.

"Se buscan", decía el aviso en aquella siniestra caseta al pie de las montañas enjalbegadas de nieve, en donde posaban casi todos aquellos con los que solía conversar en México. Y ahora estaba a punto de iniciar un romance con una torturadora de la Policía Federal.

Empezaba a clarear cuando oyó ruidos en el pasillo. Estaba tan cansado que mantuvo los ojos cerrados al sentir que alguien entraba en su habitación; por el susurro que hacía la ropa al caer dedujo que la muchacha se estaba desvistiendo. "Vení", dijo al percibir que ahora ella se había acostado junto a él, pero dándole la espalda. Y la obligó a quedar cara a cara. Luego escuchó que respiraba debajo de él hasta que ambos aflojaron el cuerpo y se destrabaron rendidos; luego comprendió que la muchacha estaba en el baño, pero el fragor de la regadera sonaba a través de la pared. En un instante, Flores Rojas se vio con la mochila al hombro, huyendo por el corredor, bajando por la escalera, saliendo a la calle en busca de un taxi, pero alguien venía sin embargo tras él. Era un botones con careta de esgrimista y lo llamaba para entregarle un viejo y pesado teléfono que repiqueteaba entre sus manos. Entonces cogió el auricular y lo que oyó fue el golpeteo de la lluvia contra la ventana; sin embargo, el timbre del aparato seguía escandalizando junto a la cama, desde el buró.

*Segunda parte